

Gonzalo Fernández de la Mora y el pensamiento del exilio

Pedro Carlos GONZÁLEZ CUEVAS
Universidad Nacional de Educación a Distancia
pgonzalez@poli.uned.es

1. Política y desarrollo económico

Gonzalo Fernández de la Mora (1924-2002) fue el renovador por excelencia de la tradición conservadora autoritaria española, cuyos contenidos intentó adaptar a las necesidades de la nueva sociedad industrial que iba abriéndose paso a lo largo de los años sesenta. En ese sentido, destacó como el principal teórico del Estado *tecnocrático*¹ franquista, tras la publicación de su polémico libro *El crepúsculo de las ideologías*. En esta obra, Fernández de la Mora aceptó la conciencia moderna, es decir, la racionalidad funcional del cálculo y la eficacia; la racionalidad que acepta el “desencanto del mundo”, y con ello la fragmentación de cosmovisiones, la pérdida de unidad cosmovisional religiosa y, sobre todo, la experiencia del relativismo. En consecuencia, su concepción del proceso histórico, tomada de Augusto Comte, era decididamente progresista. La historia era “el laboratorio del *mithos* al *logos*”. Progreso era sinónimo de racionalización de los distintos aspectos de la vida social y política. A ese respecto, el pensamiento de Fernández de la Mora gira en torno a los esquemas correlativos de *logos/pathos*. Complemento de esta concepción racionalista del proceso histórico es la afirmación de la necesidad de modernización y de desarrollo económico. El ideal por antonomasia de la edad contemporánea es el desarrollo económico, “motor primigenio de la Humanidad”, cuyas consecuencias sociales y políticas son altamente liberadoras: homogeneización de las clases sociales, pragmatismo, bienestar y moderación política. Por todo ello, eran necesarias formas más racionalizadas de organización política y económica. Las formas políticas iban evolucionando desde el estadio “carismático” al “ideológico”, para culminar en el “científico”. Fernández de la Mora definía a las ideologías, siguiendo a Vilfredo Pareto, como “derivaciones”, es decir, conjuntos de razonamientos pseudológicos que construye el hombre para persuadirse y persuadir a los demás para que crean ciertas cosas o ejecutar diversas acciones; son “mitos”, “creencias” filosofías políticas “popularizadas”, “patetizadas”, “simplificadas”. Las ideologías en decadencia eran el socialismo, el liberalismo, la democracia cristiana y el nacionalismo. Para demostrarlo, Fernández de la Mora recurría a una serie de apreciaciones sobre hechos sociales contemporáneos: la despolitización, el alto nivel técnico y asistencial de las sociedades desarrolladas, el fin de la lucha de clases, la “convergencia”

¹ GARCÍA PELAYO, Manuel: “La tecnocracia”, en *Burocracia y tecnocracia*, Madrid, Alianza, 1982, p. 78 y ss.

entre ideologías hasta entonces antagónicas como el liberalismo y el socialismo. Por otra parte, la religión iba siendo desplazada a la periferia social y política, reclusándose progresivamente en la “intimidad”; y es que era el momento de la “interiorización de creencias”. Por ello, la democracia cristiana no era testimonio de una religiosidad genuina, sino mera táctica política, y que, además, resulta anacrónica. El nacionalismo venía a ser una afirmación irracional, que respondía a una mentalidad primitiva, porque la racionalización de la vida política llevaba a la formación de ámbitos supranacionales, como el Mercado Común. El socialismo era, sobre todo en su versión marxista, racionalmente insostenible, e ineficaz desde el punto de vista económico. El sistema demoliberal no era representativo, porque había degenerado en partitocracia. Tampoco el *laissez faire*, después de Keynes, podía sostenerse. De esta forma, se imponía, en la vida económica, el intervencionismo estatal, la planificación indicativa y las políticas de bienestar; en la vida política, la preeminencia de los “expertos” sobre los ideólogos; y la autoridad del ejecutivo sobre el legislativo, lo mismo que la representación de intereses sobre la canalizada por los partidos políticos; y en las relaciones internacionales, el “cosmopolitismo”².

El tipo de Estado que se correspondía con la nueva sociedad “científica” o “positiva” no era, por lo tanto, el demoliberal, ni el socialista; tampoco el nacionalista; era lo que denominaba *Estado de razón*, plenamente desideologizado, sustituyendo las ideologías por la “ideocracia”, es decir, por la soberanía de las ideas rigurosas y exactas, basadas en las aportaciones de las ciencias sociales; y cuya élite directiva eran los “expertos”. Su legitimidad no descansaba en la voluntad popular, ni en la utopía social, ni en la religión, sino en la “eficacia”, o sea, en la capacidad de garantizar el orden, la justicia y el desarrollo económico. La concreción histórica de ese *Estado de razón* era el régimen de Franco, a quien denominó *Estado de obras*, por su capacidad para modernizar la sociedad española a lo largo de su égida³.

2. *Pensamiento Español (1963-1969): la búsqueda del canon*

Otra de las facetas de Fernández de la Mora, como intelectual, fue la de crítico del pensamiento español contemporáneo. Su obra *Pensamiento español*, donde concentró en seis tomos, toda su labor desarrollada en el diario *ABC*, desde 1963 a 1969, es uno de los hitos de la historia de la crítica española contemporánea⁴. Como crítico, su postulado básico consiste en la necesidad de convicciones propias; debe juzgar desde la certeza, desde una tabla de valores y tomar posición. De lo contrario, su labor carece de autenticidad y de libertad en el acto de juzgar. Ser

² FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: *El crepúsculo de las ideologías*, Madrid, Rialp, 1965, pp. 55, 133, 135 y ss.

³ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: *Del Estado ideal al Estado de razón*, Madrid, Real Academia de Ciencias Morales y Políticas, 1972, p. 47 y ss. *El Estado de obras*. Madrid, 1976.

⁴ ZULETA, Emilia de: *Historia de la crítica española contemporánea*, Madrid, Gredos, 1974, pp. 395-397. José Luis Abellán la considera de “imprescindible consulta” para el conocimiento de la vida cultural de la época en ABELLÁN, José Luis: *Panorama de la filosofía española actual*, Madrid, Espasa-Calpe, 1978, p. 222.

independiente equivale a estar libre de presiones exteriores, pero esta libertad está garantizada, precisamente, por su fidelidad a una serie de presupuestos axiológicos: “En higiene, la asepsia es una virtud, pero en exiología es nihilismo, es la negación misma de la función valorativa”⁵. Consecuentemente, la labor crítica es inseparable de la construcción de un pensamiento propio. Fernández de la Mora aplica, así, a la crítica el esquema correlativo de *logos/pathos*: “La genuina condición del hombre es racional. Somos un “logos” patético que acaso un día se transforme en “logos” puro. Nuestro eje diamantino es el intelecto, y a él hay que ordenarle todo. La razón es el útil magno de la verdad. Pero no la alcanzaríamos si no la apeteciésemos. Hemos de buscarla con ímpetu”⁶. En consecuencia, el crítico no se limita a una actitud pasiva; ha de dialogar con las ideas que en escorzo discurren ante su perspectiva; desentraña su esencia en sucesivas operaciones de inducción y deducción. Actitud filosófica, en fin, porque toda filosofía es diálogo. De lo que se trata es del encuentro, coincidencia o choque de ideas: “La crítica conceptual no es subordinada dependencia, sino diálogo expreso, abierta investigación y pensamiento en marcha. Hay una simbiosis lógica indestructible entre la crítica conceptual y la creación especulativa. No son dos funciones, sino dos momentos de una actividad sustancialmente unitaria: la búsqueda de la verdad”⁷. “Todo lo que no sea racional y sistemático es un subproducto intelectual. La más luminosa fuente que poseemos es la razón”⁸. Esta afirmación tajante ilustra sobre cuál era su punto de partida en el examen de las más diversas posiciones y cobra particular relieve, no sólo frente a las tendencias irracionistas, sino frente a las interpretaciones que subrayan desproporcionadamente los rasgos irracionales de la historia de la filosofía y de la cultura. Su valoración de los sistemas y de las obras tendrá, así, como piedra de toque, su mayor o menor dosis de razón y de rigor. En ese sentido, Fernández de la Mora elaboró un *canon* del pensamiento español contemporáneo a partir del primado del *logos* sobre el *pathos*. Sus pensadores favoritos fueron Ángel Amor Ruibal, José Ortega y Gasset, Xavier Zubiri y Antonio Millán Puelles. El contraste vendría, en particular, con el noventayochismo, representado, sobre todo, por Miguel de Unamuno, arquetipo del pensador irracionista. Particularmente positiva fue su interpretación de Ortega y Gasset, figura de tránsito necesaria por su esfuerzo de sistematización y de asimilación de nuevas corrientes de la filosofía y de la ciencia contemporánea⁹. De Amor Ruibal valoraba su capacidad creadora de un sistema completo y original, desde la escolástica, el correlacionismo, al cual calificaba de “primera filosofía estructuralista de la historia” o “fundamentación ontológica del estructuralismo”¹⁰. En Zubiri, vio al actualizador de la filosofía aristotélico-tomis-

⁵ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Crítica y verdad”, en *Pensamiento español 1963*, Madrid, Rialp, 1964, p. 11.

⁶ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Crítica y patética”, en *Pensamiento español 1965*, Madrid, Rialp, 1966, pp. 18-19.

⁷ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Crítica y verdad”, ..., p. 18.

⁸ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Sócrates”, en *Pensamiento español 1966*, Madrid, Rialp, 1967, p. 42.

⁹ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: *Ortega y el 98*, Madrid, Rialp, 1961.

¹⁰ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “El correlacionismo de Amor Ruibal”, *Atlántida*, nº 35, (1968), p. 480 y ss.

ta, “a partir de una erudición filosófica, científica y humanística ciertamente espectacular”¹¹. A Millán Puelles lo valoraba igualmente por su capacidad de innovación de la filosofía tradicional, a través sobre todo de la fenomenología¹².

Fernández de la Mora no excluyó de sus análisis y balances el pensamiento español realizado en el exilio. Fue uno de los autores que más contribuyó a la recuperación y rehabilitación de la cultura española desarrollada fuera de sus fronteras. Estuvo inserto, pues, en un proceso que se inició en los años cincuenta, y cuyos primeros pasos fueron dados por José Luis López Aranguren, con su célebre artículo “La evolución espiritual de los intelectuales españoles en la emigración”, publicado en la revista oficial *Cuadernos Hispanoamericanos*, en 1953¹³. En *Pensamiento español*, Fernández de la Mora dedicó un importante espacio a las aportaciones filosóficas, científicas y literarias de los españoles exiliados.

3. El pensamiento del exilio

Fernández de la Mora nunca negó la importancia cualitativa del pensamiento de los exiliados de la guerra civil: “Las elites se forman y seleccionan lentamente. Un Estado joven puede improvisar o importar casi todo, menos unas aristocracias del refinamiento moral, científico, estético, político o técnico. La guerra civil de 1936 provocó el exilio de una parte de la minoría intelectual. Este déficit tardó lustros en soldarse y algunos vacíos permanecieron porque las elites no se fabrican en serie ni por decreto”¹⁴. De ahí que dedicara una parte importante de sus análisis a los representantes de la diáspora cultural. En su opinión, la importancia del exilio se encontraba, sobre todo, en la poesía y en el pensamiento científico y filosófico; no tanto en la novela. Autores como Rosa Chacel, Francisco Ayala, Max Aub, Arturo Barea, Ramón J. Sender o Serrano Poncela no eran grandes narradores; y sus obras resultaban “cualitativamente muy secundarias”¹⁵. No obstante, consideraba “muy estimable” la producción sociológica y ensayística de Francisco Ayala¹⁶. La escasa calidad de esa narrativa tenía su explicación en la propia circunstancia del exilio: “La amarga soledad del destierro, sin ambiente del que nutrirse, ni público al que dirigirse, puede sostener la inspiración de un pensador o de un poeta; pero difícilmente la de un novelista. Trágico sino es del cualquier hispano desgajado de su patria; pero sobre todo si es un narrador, porque entonces su desarraigo es como un perdido y desasosegado flotar en el vacío, a solas con sus desesperanzas y recuerdos de naufragio vital”¹⁷. Muy distinta era su valoración del gran poeta Luis Cernuda, cuya labor como crítico literario exaltó: “No es

¹¹ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Sobre la esencia”, en *Pensamiento español* 1963, Madrid, Rialp, 1964, p. 59 y ss.

¹² FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Estructura de la subjetividad”, en *Pensamiento español* 1967, Madrid, Rialp, 1968, p. 69 y ss.

¹³ LÓPEZ ARANGUREN, José Luis: *Crítica y meditación*, Madrid, Taurus, 1978, p. 132 y ss.

¹⁴ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: *Los errores del cambio*, Madrid, Plaza y Janés, 1984, p. 26.

¹⁵ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Narrativa en el exilio”, en *Pensamiento español*, 1963, Madrid, Rialp, 1964, p. 199 y ss.

¹⁶ *Ibidem*, pp. 197-198.

¹⁷ *Ibidem*, pp. 199-200.

–señalaba– ni un demagogo, ni un manso; es crítico que sigue los dictámenes de su brújula interior; y sus pecados de exageración suelen ser muy disculpables, porque nacen del empeño de autenticidad y rigor”. Además, el poeta andaluz no podía ser considerado, a su juicio, como un escritor izquierdista, ya que, en sus obras, se mostraba “espiritualista”, “teísta”, “tradicionalista” y “clasicista”. Era, en fin, “un escritor anti-partidista”, “defensor del orden y la jerarquía”, “vacunado contra el obsesivo problema de España que ha politizado nuestra literatura durante medio siglo”¹⁸.

No menos importante era la obra de Guillermo de Torre, “nuestro crítico literario de radio más dilatado”. Lo más destacable de su obra como historiador de la literatura española y europea eran sus críticas al irracionalismo, su desdén por el inserrible método de las generaciones y su amplio conocimiento de las literaturas europeas, lo que hacía que sus críticas siguieran siempre una saludable perspectiva comparativa¹⁹.

De Torre, colaborador entonces de *ABC*, le envió, desde Buenos Aires, una carta ditirámica, agradeciendo el contenido de su crítica: “Acepto sin mínima reserva y no tengo ninguna que oponerle (...) Pasé muchos años casi ausente –en lo moral– de España. Ahora que he resuelto incorporarme a ese mundo –al menos, en espíritu, ya que mi vida está hecha en Buenos Aires, y debo seguir así– no sabe usted hasta qué punto me conmueve estar ahí presente, que los colegas cuenten conmigo. A ese propósito responde mi colaboración, aunque espaciada, en *ABC*. En España no quiero ver discrepantes. Sólo veo amigos. Que la convivencia se oficialice pronto es mi mayor deseo. Sepa que le leo siempre con interés y admiración”²⁰.

De ausencia de calidad adolecía la obra del socialista Luis Araquistain, “novelista y dramaturgo mediocre”. “Una de las cabezas más calificadas del marxismo celtibérico”, es decir, un movimiento “efímero” y de “escasa envergadura intelectual”²¹.

Mucha mayor densidad e interés poseía la obra de José Ferrater Mora²², cuya perspectiva analítica valoró positivamente. Fernández de la Mora destacaba su preferencia por el pensamiento anglosajón, su exaltación de “la metodología de las ciencias exactas”, su “recelo hacia los patetismos y lirismos que empañan una buena parte de la especulación filosófica actual”. En ese sentido, el catalán era un “auténtico profesional de la filosofía”. Su obra *El ser y la muerte* era “importante y valiosa, aunque sus cimientos metafísicos me parezcan extraordinariamente problemáticos”, porque su agnosticismo resultaba incompatible con la existencia de “espíritus puros”; reducía toda ontología a “un realismo empírico” y marginaba “el decisivo

¹⁸ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “La poesía”, en *Pensamiento español, 1965*, Madrid, Rialp, 1966, pp. 259-260.

¹⁹ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “El irracionalismo”, en *Pensamiento español, 1966*, Madrid, Rialp, 1967, p. 168 y ss. “El generacionismo”, en *Pensamiento español, 1967*, Madrid, Rialp, 1968, p. 196 y ss.

²⁰ Archivo Fernández de la Mora, 8-IX-1966.

²¹ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “El pensamiento español contemporáneo”, en *Pensamiento español, 1963*, Madrid, Rialp, 1964, pp. 34 y 38.

²² ABELLÁN, José Luis: *Filosofía española en América (1936-1966)*, Madrid, Guadarrama, 1966, pp. 83-100. NIETO BLANCO, Carlos: *La filosofía en la encrucijada. Perfiles del pensamiento de José Ferrater Mora*, Barcelona, Universidad de Barcelona, 1985.

ámbito de los entes de razón”; y, en definitiva, dejaba entre paréntesis “lo eterno e intemporal, lo mismo en el orden ideal que en el real”. “La filosofía de Ferrater Mora –concluía– se ciñe a un área bastante restringida de la realidad, concretamente la experimentable. Por eso, a la postre, resulta empírica y positiva”. De la misma forma, resultaba digna de tenerse en cuenta su concepción del problema catalán, sustentada en su libro *Tres mundos: Cataluña, España y Europa*, donde percibía una “asunción crítica de la historia nacional”. “Lo mismo en la parte analítica que en la proyectiva o política, Ferrater Mora se mueve desapasionada y constructivamente, muy lejos de los extremismos, y siempre como catalán que se siente español, europeo y, en definitiva, humano”²³.

Como Guillermo de Torre, Ferrater Mora escribió al crítico, expresando “cuanto me ha complacido ver mis libros tratados con tanto cuidado y con tanta penetración”. “No tiene usted por qué excusarse de sus objeciones y reservas. De ellas aprendo mucho. De las reseñas hechas sin ton ni son, en cambio, por elogiosas que sean, no aprendo nada. Estoy de acuerdo con usted en que la crítica debe hacerse así, por disonante que ello resulte en España. Es hora de que los autores empiecen a aprender que las objeciones y reservas hechas a un libro hacen honor al libro; un libro que no merezca objeciones y reservas no es un verdadero libro, sino un vaso de agua”. Las críticas de Fernández de la Mora le habían hecho un doble servicio: “llamar la atención del público sobre el libro desde una tribuna de gran prestigio, y llamar la atención del autor sobre los defectos de su obra”. Por otra parte, consideraba *Ortega y el 98*, que Fernández de la Mora le había enviado, un libro “serenamente crítico”; “en general mi actitud al respecto es, por decirlo de algún modo, más favorable, pero reconozco que este es un asunto bastante personal. Lo importante es que su análisis sea, como lo es, penetrante y en ese sentido hartamente objetivo”²⁴.

No menos interesante era la obra de Eduardo Nicol²⁵, a quien consideraba “uno de los profesionales de la Filosofía más capaces e interesantes de habla castellana”. Su obra *Psicología de las situaciones vitales* tenía el mérito de “haber avanzado por el seductor camino del análisis de la condición humana, que no es sino la modalidad actual de la psicología racional o estrictamente filosófica. Y añadía: “En ese sentido, Nicol no es ningún revolucionario, sino un tradicional, dicho sea con ánimo de precisión, no de censura”²⁶. Más importantes resultaban *Los principios de la ciencia*, “uno de los hitos más eminentes de nuestro pensamiento actual”, superior a las investigaciones de Ortega y Gasset en *La idea del principio en Leibniz*. Su interpretación del principio de causalidad coincidía con Xavier Zubiri. Sin embargo, Nicol no esclarecía la causalidad histórica o, lo que venía a ser lo mismo, la función de la libertad, la creación e innovación por parte del hombre; además, resultaba muy problemática la tesis de que la naturaleza carecía de historia; lo que descartaba “el hecho del evolucionismo universal, que a mí me parece un dato insoslayable”.

²³ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “La filosofía hoy”, “El ser y la muerte”, “Cataluña, España y Europa”, en *Pensamiento español*, 1963, Madrid, Rialp, 1964, pp. 29-34, 72-76, 221-226.

²⁴ Archivo Fernández de la Mora, 28-IX-1963, 9-II-1964.

²⁵ Véase NICOL, Eduardo: *La filosofía como razón simbólica*, en *Anthropos*, extra 3 (1998).

²⁶ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Las situaciones vitales”, en *Pensamiento español*, 1963, Madrid, Rialp, 1964, pp. 94 y 97.

Celebraba, en cambio, su crítica a los existencialismos: “No hay una mismidad en el tiempo concreto. También creo que la Nada es un pseudoconcepto, y me adhiero a la debeladora crítica que hace Nicol de Heidegger y de Sartre, cuyos ingredientes extrafilosóficos, psicológicos y retoricistas pone a plena luz”²⁷.

Nicol mantuvo abundante correspondencia con Fernández de la Mora. El filósofo exiliado agradeció la positiva valoración de sus obras: “Por su objetividad, tiene un mérito excepcional en los tiempos actuales, y bastaría para conmoverme, si no incluyera además algunas frases tan amables”. No obstante, manifestó sus discrepancias con algunos de los planteamientos de Fernández de la Mora en *Ortega y el 98*, pero, según sus propias palabras, se sintió cautivado por “su estilo de pensar y de escribir”. Nicol consideró apasionante el tema abordado en *El crepúsculo de las ideologías*; y celebró su asunción de la “filosofía científica”: “Que la razón sustituya a la pasión. Y es muy cierto que saldremos ganando con la nueva actitud que permita plantear las cuestiones de gobierno de manera objetiva, racional y pragmática”²⁸.

De hecho, Nicol fue uno de los pensadores exiliados más solicitados por los intelectuales y las autoridades franquistas. Fue requerido por Florentino Pérez-Embida para que colaborara en la revista *Atlántida*. Alfredo Sánchez Bella hizo lo mismo para *Cuadernos Hispanoamericanos*. Y Adolfo Muñoz Alonso le ofreció la reincorporación a la Universidad²⁹. No fue el único. Manuel Fraga sondeó e intentó atraerse a Franciso Ayala³⁰.

Otro pensador exiliado que suscitó el interés de Fernández de la Mora fue el sociólogo José Medina Echavarría³¹, cuya metodología destacaba por su “imparcialidad y objetividad”. “Difícilmente se podrán encontrar en estas páginas subjetivismos apriorísticos, adhesiones ideológicas de principio, tesis preconcebidas, es decir, parcialismo”. En gran medida, Medina Echavarría, con sus planteamientos empíricos, coincidía con el diagnóstico del declive de las ideologías, dando primacía al desarrollo económico y constatando la convergencia entre capitalismo y socialismo³².

No obstante, el autor exiliado más analizado por Fernández de la Mora fue Salvador de Madariaga³³, a quien consideraba como representante de “un liberalismo muy conservador”, “un demoliberal herético que pugna contra el igualitarismo, el revolucionarismo y el sufragio universal”. Destacaba, además, su labor historio-

²⁷ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Los primeros principios”, en *Pensamiento español*, 1965, Madrid, Rialp, 1966, p. 92 y ss.

²⁸ Archivo Fernández de la Mora, 16-I-1964, 3-IX-1964, 26-II-1966.

²⁹ NICOL, Alicia R.: “Eduardo Nicol: la vocación cumplida”, *Anthropos*, extraordinario 3, (1998), pp. 51-53.

³⁰ AYALA, Francisco: *Recuerdos y olvidos*, Madrid, Alianza, 2001, p. 475 ss.

³¹ Véase *Obra de José Medina Echavarría*, Madrid, Instituto de Cultura Hispánica, 1981. Una semblanza de este autor en AYALA, Francisco: *Recuerdos y olvidos...*, p. 524 y ss. y ABELLÁN, José Luis: *Filosofía española...* p. 267 y ss.

³² FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Educación y desarrollo”, en *Pensamiento español*, 1968, Madrid, Rialp, 1969, pp. 126-128.

³³ Sobre las ideas de Madariaga, véase GONZÁLEZ CUEVAS, Pedro C.: *Estudio introductorio a Anarquía o jerarquía*, Madrid, Biblioteca Nueva, 2005.

gráfica dedicada a la América hispana como eficaz crítica de la “leyenda negra”. Lo que se veía deslucido, a su juicio, por los ataques del escritor gallego al régimen nacido de la guerra civil, producto de unos “resentimientos personales” que le impedían analizar con objetividad; y que, además, resultaban “inconsecuentes con su organicismo político y sus críticas al igualitarismo, al sufragio universal y al marxismo”³⁴. Menos valor tenía Madariaga en sus pretensiones como filósofo; así lo demostraba su obra *Retrato de un hombre de pío*, cuyos planteamientos resultaban insuficientes “para penetrar en la profundidad de las esencias”. En este libro, el escritor gallego caía en los viejos tópicos noventayochistas, el irracionalismo y el asistematismo: “La filosofía es una cosa muy seria, y lo mismo en ella que en las matemáticas hay que entrar muy bien equipado. Madariaga, siguiendo la tradición noventayochista, parece suponer que filosofar es algo así como hacer literatura; pero sustituyendo a Romeo y al Guadarrama por nombres abstractos”³⁵. Y lo mismo podía decirse de los planteamientos defendidos por Madariaga en *De la angustia a la libertad*, que, en el fondo, no salían del “tópico” antiprogresista. Su denuncia de la sociedad industrial y de masas era fácilmente refutable por la “fecundidad de la revolución tecnológica”; su crítica del igualitarismo y la democracia “apenas añade nada a lo dicho por un Donoso Cortés hace cien años”; igualmente, su teodicea carecía de originalidad, debía mucho a Bergson, y era un “eco del deísmo”. No menos problemático era su “humanismo antiutilitario”, “políticamente insostenible, porque una de las finalidades primarias del Estado es el fomento de la riqueza”. El gallego tan sólo acertaba en su crítica a la democracia: “Tengo para mí que Madariaga acierta plenamente cuando distingue entre el permanente y excelso valor de la libertad y esas adherencias circunstanciales que son el parlamentarismo y el sufragio inorgánico”³⁶.

4. La historia: Castro versus Sánchez Albornoz

De mayor importancia era la obra de Américo Castro³⁷. Fernández de la Mora era devoto de Menéndez Pelayo, Menéndez Pidal y Sánchez Albornoz; pero consideraba al autor de *España en su historia* “uno de nuestros más preclaros críticos y filólogos”. No obstante, sus objeciones a los supuestos castristas, aunque respetuosas, fueron demoledoras. En primer lugar, discrepaba de su método histórico; a diferencia de lo sustentado por Castro, no podía negarse, a su juicio, el carácter científico de la historia, “puesto que un hecho ha ocurrido o no; y averiguarlo es una tarea que permite llegar a certezas absolutas”. Tampoco resultaba especialmente esclarecedor su concepto de nación, muy próximo al de Renan, que era pre-

³⁴ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Hispanoamérica”, en *Pensamiento español*, 1963, Madrid, Rialp, 1964, p. 231 y ss.

³⁵ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “La vaca y al árbol”, en *Pensamiento español*, 1965, Madrid, Rialp, 1966, p. 306 y ss.

³⁶ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Conservatismo”, en *Pensamiento español*, 1967, Madrid, Rialp, 1968, pp. 172-174.

³⁷ Véase ARAYA, Guillermo: *El pensamiento de Américo Castro*, Madrid, Alianza, 1983.

ciso completar con otros factores como el territorio, la raza, la lengua, la unidad política, la cultura, etc. Lo más problemático, con todo, de la construcción castrista era la equiparación entre el elemento judío y africano con el cristiano y autóctono, a la hora de dar testimonio de la forja de la nación española. Nadie negaba “sobre todo después de las investigaciones de Castro”, la importancia de la cultura judía en nuestro país; pero no podía considerarse mayor que la de la cultura fenicia o griega. Los hispanojudíos siempre fueron una minoría. No existía ninguna prueba sólida que avalase la tesis del judaísmo de Lope, Quevedo, Tirso, Saavedra Fajardo o Calderón. De la misma forma, sobrevaloraba la importancia del elemento árabe, cuyo porcentaje numérico era muy escaso. Fernández de la Mora, siguiendo en Menéndez Pidal y a Sánchez Albornoz, estimaba que la islamización de España fue “pasajera”, y que en las especulaciones castristas había “una fracción de verdad”, pero que su radicalización resultaba “inaceptable”³⁸. No menos problemática era la tesis del presunto judaísmo de Cervantes, porque ni el oficio paterno –cirujano–, ni el suyo –recaudador de impuestos– o su apellido demostraban ese origen. Rodríguez Marín y Astrana habían demostrado que su ascendencia era de “cristiano viejo”. Menos concluyente aún era el alegato castrista sobre el carácter judío de la concepción del mundo defendida por el autor del *Quijote*, que nunca despreció su condición de católico. Además, Castro intentaba mostrar, con sus tesis, la no-europeidad de España, lo que resultaba no sólo “científicamente inexacto”, sino “espiritualmente negativo”³⁹.

Si bien no realizó ninguna crítica de sus obras, las preferencias de Fernández de la Mora iban hacia las tesis de Claudio Sánchez Albornoz, a quien conoció personalmente en París, y con el que mantuvo amistad y abundante correspondencia⁴⁰. De hecho, el historiador abulense era uno de los autores más citados por el crítico. Sánchez Albornoz era el “maestro de medievalistas”, “el máximo de nuestros medievalistas”, el intelectual exiliado “más considerable”, el representante, al lado de Menéndez Pelayo y Menéndez Pidal, de “la flor y la nata de nuestra historiografía”⁴¹. Fernández de la Mora aceptaba la hipótesis de que la peculiaridad vasca no era racial, sino consecuencia de “su escasa romanización”⁴². Igualmente estimaba que, frente a las tesis de Castro, había demostrado “los rasgos de nuestro europeísmo profundo”⁴³. Pero Sánchez Albornoz era, sobre todo, el autor de *España, un enigma histórico*, “uno de los monumentos

³⁸ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Orígenes de la españolidad”, en *Pensamiento español*, 1966, Madrid, Rialp, 1967, pp. 291-293.

³⁹ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “El judaísmo de Cervantes”, en *Pensamiento español* 1967, Madrid, Rialp, 1968, pp. 221-227.

⁴⁰ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: *Río arriba. Memorias*, Barcelona, Planeta, 1995, pp. 100-101.

⁴¹ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “La sucesión en la Monarquía visigoda”, en *Pensamiento español* 1963, Madrid, Rialp, 1964, pp. 122, 230. “Orígenes de la españolidad”, en *Pensamiento español* 1966, Madrid, Rialp, 1967, p. 288. “Desde el País Vasco”, en *Pensamiento español*, 1968, Madrid, Rialp, 1969, p. 240.

⁴² FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “El Señorío de Vizcaya”, en *Pensamiento español* 1963, Madrid, Rialp, 1964, p. 128.

⁴³ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “La literatura española medieval”, en *Pensamiento español* 1966, Madrid, Rialp, 1967, p. 185.

más importantes de la historiografía hispana de todos los tiempos”; una obra “imperecedera”⁴⁴.

En una carta, confesaba al historiador abulense que *España, un enigma histórico* era, desde 1956, “uno de mis libros favoritos”; y que Castro le distinguía “con una hostilidad cartaginesa, que ha tratado de contagiar a su hija, la esposa de mi admirado Zubiri”. Sin embargo, una de las constantes de su correspondencia con Sánchez Albornoz era la petición de que retornara a España: “Regrese, pues, para ser testigo de este brillante momento de la historia de nuestro pueblo. Nadie le pide a usted que renuncie a nada. Todos le acogeremos con los brazos abiertos, porque, después de Menéndez Pelayo, nadie ha defendido a España con tanta razón e inteligencia como lo ha hecho usted en sus libros”⁴⁵. Por su parte, Sánchez Albornoz se negaba a volver por “dignidad”, por “una irrefrenable repugnancia ante todo régimen de dictadura”. Además, alegaba que en España “no se ha hecho nada por honrarme y atraerme”. Con todo, agradecía “las amables palabras que de ordinario ha dedicado usted a mi *España un enigma histórico*”. Le respetaba como escritor y crítico, pero no compartía, ni podía compartir sus planteamientos políticos: “Me he suscrito a la edición aérea de ABC. Leo en ella con frecuencia sus artículos críticos (...) Tiene usted talento. Es una lástima que se haya metido en el jaleo monárquico. Los Borbones han solido ‘borbonear’ a sus servidores. Siento de veras que un hombre como usted no pueda mañana –un mañana inevitable– dirigir incluso los destinos de España como presidente de una república a la francesa, por ejemplo”⁴⁶. Fernández de la Mora expresó su deseo de escribir una síntesis de la obra capital del historiador abulense, que sería publicada por Rialp, de acuerdo con Florentino Pérez Embid; empresa que no pudo llevar a cabo.

Nombrado subsecretario del Ministerio de Asuntos Exteriores por Gregorio López Bravo, en octubre de 1969, Fernández de la Mora abandonó su labor crítica en el diario ABC. El 13 de noviembre publicó un artículo despidiéndose de sus lectores, considerando que había cumplido su proyecto: “Creo haber demostrado que la inteligencia patria existe y crece. Ha sido un quehacer gozoso, porque amo medular e irremediamente a España”. Pedía disculpas, no obstante, por “mis rotundidades, mis eventuales omisiones, mis posibles inexactitudes, mis discrepancias y mis juicios insuficientemente elogiosos o adversos en exceso”⁴⁷. En cualquier caso, hay que reconocer su contribución a la normalización de la vida cultural en la España de los años sesenta.

⁴⁴ FERNÁNDEZ DE LA MORA, Gonzalo: “Desde el País Vasco”, en *Pensamiento español 1968*, Madrid, Rialp, 1969, p. 185.

⁴⁵ Diputación de León. Fondo Claudio Sánchez Albornoz, s.f. 30-IV-1969, 1-IX-1972.

⁴⁶ Archivo Fernández de la Mora, 23-VII-1968, 29-VIII-1969.